

Como se partieron los cuatro cristianos
Cabrera de Vaca Newburgh 1542

Partidos estos cuatro cristianos, desde a pocas dias

indios no podian arrancar las raices, y de los canales

en que pescaban ya no habia provecho ninguno, y

como las casas eran tan desahbrigadas, comenzose a

morir la gente. Cinco cristianos que estaban en el

ranchito en la costa llegaron a tal extremo, que se

comieron los unos a los otros, hasta que quedo uno

solo, que por ser solo no hubo quien lo comiese. Los

nombrados de ellos son estos: Sierra, Diego Lopez,

Corral, Palacios, Gonzalo Ruiz. De este caso se altera-

ron tanto los indios, y hubo entre ellos tan gran

escandallo, que sin duda si al principio ellos lo vieran,

los mataran, y todos nos vieramos en grande traba-

jo. Finalmente, en muy poco tiempo, de ochenta

hombres que de ambas partes alli llegamos, quedaron

vivos solo quinze. Despues de muertos estos, dio a los

indios de la tierra una enfermedad de estomago, de

que murio la mitad de la gente de ellos, y creyeron

que nosotros eramos los que los matabamos; y tenien-

dolo por muy cierto, concertaron entre si de matar a

los que habiamos quedado. Ya que lo venian a poner

Capitulo XXI

que es como hieros. Como por toda esta tierra no
hay caminos, yo me detuve mas en buscarla: la gente
se volvio, y yo quedé solo, y viniendo a buscarlos
aquella noche me perdi. Y plugo a Dios que hallé un
arbol ardiendo, y al fuego de él pasé aquel frio
aquella noche, y a la mañana yo me cargué la leña y
tomé dos tizonas, y volví a buscarlos, y anduve de esta
manera cinco dias, siempre con mi lumbre y carga de
leña, porque si el fuego se me matase en parte donde
no tuviese leña, como en muchas partes no la habia,
tuviese de qué hacer otro tizonas y no me quedase sin
lumbre, porque para el frio yo no tenia otro remedio,
por andar desnudo como naci. Para las noches yo tenia
este remedio, que me iba a las matas del monte, que
estaban cerca de los rios, y paraba en ellas antes que el
Sol se pusiese, y en la tierra hacia un hoyo y en él
echaba mucha leña, que se cria en muchos arboles, de
que por allí hay muy gran cantidad y juntaba mucha
leña de la que estaba caída y seca de los arboles. Al
derrededor de aquel hoyo hacia cuatro fuegos en cruz,
y yo tenia cargo y cuidado de rehacer el fuego de rato
en rato, hacia unas gavillas de paja larga que por allí
hay, con que me cubria en aquel hoyo, y de esta

manera me amparaba del frio de las noches. Una de
ellas el fuego cayó en la paja con que yo estaba
cubierto, y estando yo durmiendo en el hoyo, comen-
zó a arder muy recio, y por mucha prisa que yo me di
a salir, todavia saqué señal en los cabellos del peligro
en que habia estado. En todo este tiempo no comí
bocado ni hallé cosa que pudiese comer; y como traía
los pies descalzos, corríame de ellos mucha sangre, y
Dios usó conmigo de misericordia, que en todo este
tiempo no ventó el norte, porque de otra manera
ningun remedio habia de yo vivir. A cabo de cinco
dias me cubria de un rio, donde yo hallé a mis

Sigüenza y Góngora, Informantes de Alonso Ra-
mirez, 1690

Mandome (o por el afecto con que lo mira o quiza por
que, estando enfermo, divirtiese sus males con la noticia
don Carlos de Sigüenza y Góngora, cosmógrafo y catedrati-
co de matemáticas del Rey nuestro señor en la Academia
mexicana y capellan mayor del hospital Real del Amor de
Dios de la ciudad de México (títulos son estos que suenan
mucho y valen muy poco, y a cuyo ejercicio le empena más
la reputación que la conveniencia) (219). Compadecido de
mis trabajos, no sólo formó esta Relación en que se conte-
nen, sino que me consiguió con la intercesión y suplicas,
que en mi presencia hizo al Excmo. Sr. Virrey, Decreto para
que D. Sebastián de Guzman y Córdoba, factor veedor y
proveedor de las cajas reales me socorriese, como se hizo.

Sor Juana Inés de la Cruz, Respuesta a sor
Filotea, 1691

de noticias, que era mas apetecible adorno. Entremé reli-
giosa, porque aunque conocia que tenía el estado cosas (de
las accesorias hablo, no de las formales), muchas repugnan-
tes a mi genio, con todo, para la total negación que tenía
al matrimonio, era lo menos desproporcionado y lo más de-
cente que podía elegir en materia de la seguridad que de-
mas importante) cedieron y susietaron la cerviz todas las
impertinencias de mi genio que eran de querer vivir sola,
de no querer tener ocupación obligatoria que embarrasase la
libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad que impi-
diese el sosiego y silencio de mis libros. Esto me hizo vaci-
lar algo en la determinacion, hasta que alumbrandome per-
sonas doctas de que era tentación, la vencí con el favor di-
vino, y tomé el estado que tan indignamente tengo. Pensé
yo que huía de mí misma, pero ¡miserable de mí trájeme
a mí conmigo y traje mi mayor enemigo en esta inclina-
ción, que no sé determinar si por prenda o castigo me dio
el Cielo, pues de apagarse o embarrasarse con tanto ejerci-
cio que la religión tiene, reventaba como pólvora, y se ve-
rificaba en mí el *privatio est causa appetitus*.
Volvi (mal dije, pues nunca cesé); proseguí, digo, a la
estudiosa tarea (que para mí era descansar en todos los ra-
tos que sobraban a mi obligación) de leer y más leer, de es-
tudiar y más estudiar, sin más maestro que los mismos li-
bros. Ya se ve cuán duro es estudiar en aquellos caracteres
sin alma, careciendo de la voz viva y explicación del maes-
tro; pues todo este trabajo sufría yo muy gustosa por amor
de las letras! Oh, si hubiese sido por amor de Dios, que era
lo acertado cuánto hubiera merecido! Bien que yo me acordaba

En que satisface un recelo con la retórica del llanto

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,
como en tu rostro y tus acciones vía
que con palabras no te persuadía,
y Amor, que mis intentos ayudaba,
venció lo que imposible parecía:
pues entre el llanto, que el dolor vertía,
el corazón deshecho destilaba.
Baste ya de rigores, mi bien, baste;
no te atormenten más celos tiranos,
ni el vil recelo tu quietud contraste

con sombras necias, con indicios vanos,
pues ya en líquido humor viste y tocaste
mi corazón deshecho entre tus manos.

En conclusión, la ciudad de La Plata, como llevo dicho, es la más hermosa y la más bien plantada de todo este virreinato. Su temperamento es muy benigno. El trato de la gente, agradable. Abunda de todo lo necesario para pasar la vida humana con regalo; y aunque todos generalmente convienen en que es escasa de agua, por el corto manantial de que se provee, hemos observado que en las más de las casas principales tienen en el patio una fuente o pila, como aquí se dice, de una paja de agua, o a lo menos de media, que franquean al vulgo sin irritarse de sus molestias y groserías, de suerte que los señores ministros y personas distinguidas sólo gozan el privilegio de inmediateción, a costa de un continuo ruido y pendeñencia inexousables. Si la carencia de agua fuera tan grande como ponderan algunos, hubieran inventado cisternas o aljibes, recogiendo las aguas que el cielo les envía anualmente con tanta abundancia en un territorio fuerte, en que a poca costa se podían construir. Los techos son todos de teja o ladrillo, con el correspondiente declive para que desciendan las aguas a su tiempo con violencia, después de lavados los techos con el primer aguacero, por medio de uno o dos cañones, techándose los aljibes para que no se introduzcan en ellos las arenas y tierras que levantan las borrascas y caiga el granizo y nieve. Todos los naturalistas convienen que las mejores aguas son las de las lluvias en días serenos y como venidas del cielo, y así es preciso que convengan también en la providencia de aljibes o cisternas para reservarlas, por lo que si a los señores propietarios de las principales casas de Chuquisaca, que no tienen agua, quisieren a poca costa hacer construir un aljibe, deberían los inquilinos la mejor agua que desciende a la tierra.

lizado mastín. Esto era que, ínter el carnicero en un grupo descuartizaba a golpe de hacha, colgaba en otro los cuartos en los ganchos a su carreta, despellejaba en éste, sacaba el sebo en aquél, de entre la chusma, que ojeaba y aguardaba la presa de achura, salta de cuando en cuando una mugrienta mano a dar un tarazón con el cuchillo al sebo o a los cuartos de la res, lo que originaba gritos y explosión de cólera del carnicero y el continuo hervidero de los grupos, dichos y gritaría descompasada de los muchachos.

—Ahí se mete el sebo en las tetas, la tía —gritaba uno.

—Aquél lo escondió en el alzapón —replicaba la negra.

—¡Che!³¹, negra bruja, salí³² de aquí antes que te pegue un tajo —exclamaba el carnicero.

—¿Qué le hago, ño³³ Juan? ¡No sea malo! Yo no quiero sino la panza y las tripas.

—Son para esa bruja: a la m...

—¡A la bruja! ¡A la bruja! —repetieron los muchachos—, ¡se lleva la riñonada y el tongorí!³⁴— y cayeron sobre su cabeza sendos cuajos de sangre y tremendas pelotas de barro.

Hacia otra parte, entre tanto, dos africanas llevaban arrastrando las entrañas de un animal; allá una mulata se alejaba con un ovillo de tripas y resbalando de repente sobre un charco de sangre, caía a plomo, cubriendo con su cuerpo la codiciada presa. Acullá se veían acurrucadas en hileras cuatrociento uno a uno los sebitos que el avaro cuchillo del carnicero había dejado en la tripa como rezagados, al paso que otras vaciaban panzas y vejigas y las henchían de aire de sus pulmones para depositar en ellas, luego de secas, la achura.

Varios muchachos, gambeteando³⁵ a pie y a caballo, se daban de vejigazos o se tiraban bolas de carne, desparramando con ellas y su algazara la nube de gaviotas que columpiándose en el aire celebraba chillando la matanza. Oíanse a menudo, a pesar del veto del Restaurador y de la santidad del día, palabras inmundas y obscenas, vociferaciones preñadas de todo el cinismo bestial que caracteriza a la chusma de nuestros mataderos, con las cuales no quiero regalar a los lectores.

De repente caía un bofe sangriento sobre la cabeza de alguno, que de allí pasaba a la de otro, hasta que algún deforme mastín lo hacía buena presa, y una cuadrilla de otros, por si estrujo o no estrujo³⁶, armaba una tremenda de gruñidos y mor-

Y, en efecto, el animal acosado por los gritos y sobre todo por dos picanas agudas que le espoleaban la cola, sintiendo flojo el lazo, arremetió bufando a la puerta, lanzando a entrambos lados una rojiza y fosfórica mirrada. Dióle el tirón el enlazador sentando su caballo, desprendió el lazo de la asta, crujió por el aire un áspero zumbido y al mismo tiempo se vio rodar desde lo alto de una horqueta del corral, como si un golpe de hacha la hubiese dividido a cercén, una cabeza de niño cuyo tronco permaneció inmóvil sobre su caballo de palo, lanzando por cada arteria un largo chorro de sangre⁴⁴.

—Se cortó el lazo —gritaron unos—, allá va el toro —pero otros, deslumbrados y atónitos, guardaron silencio porque todo fue como un relámpago.

Desparramóse un tanto el grupo de la puerta. Una parte se agolpó sobre la cabeza y el cadáver palpitante del muchacho degollado por el lazo, manifestando horror en su atónito semblante, y la otra parte, compuesta de jinetes que no vieron la catástrofe, se escurrió en distintas direcciones en pos del toro, vociferando y gritando: —¡Allá va el toro! ¡Atajen! ¡Guardal! —Enlaza, Sietepelos. —¡Que te agarra, Botijal! —Va furioso; no se le pongan delante. —¡Ataja, ataja, morado! —Dele espuela al mancarrón. —Ya se metió en la calle sola⁴⁵. —¡Que lo ataje el diablo!

VIII

1265 Otra vez en un boliche
estaba haciendo la tarde;
cayó un gauchito que hacía alarde
de guapo y de peliador;
a la llegada metió
1270 el pingo hasta la ramada,
y yo sin decirle nada
me quedé en el mostrador.

Era un terne de aquel pago
que naides lo reprecndia,
1275 que sus enriedos tenía
con el señor comendante;
y como era protegido,
andaba muy entonaao
1280 y a cualquiera desgraciao
lo llevaba por delante.

¡Ah pobre, si él mismo creiba
que la vida le sobraba!
Ninguno diría que andaba
aguitándolo la muerte;
1285 pero así pasa en el mundo,
es así la triste vida:
pa todos está escondida
la güena o la mala suerte.

Se tiró al suelo; al dentrar
le dio un empeyón a un vasco
y me alargó un medio frasco
1290 diciendo: "Beba, cuñao".
"Por su hermana", contesté,
"que por la mía no hay cuidao".

1295 "¡Ah, gauchito!", me respondió,
"¿de qué pago será criollo?
Lo andará buscando el hoyo,
deberá tener güen cuero,
1300 pero ande baja este toro,
no bala ningún ternero".

Y ya salimos tresaos,
por que el hombre no era lerdo;
mas como el tino no pierdo
1305 y soy medio ligerón,
lo dejé mostrando el sebo
de un revés con el facon.

Y como con la justicia
no andaba bien por allí,
cuanto patallar lo vi,
1310 y el pulpero pegó el grito,
ya pa el palenque salí
como haciéndome el chiquito.

15 Monté y me encomendé a Dios,
rumbiando para otro pago;
que el gauchito que llaman vago
no puede tener querencia,
y así de estrago en estrago
vive yorando la ausencia.

120 Él anda siempre juyendo,
siempre pobre y perseguido;
no tiene cueva ni nido,
como si fuera maldito;
por que el ser gauchito... ¡barajol!
el ser gauchito es un delito.

e e e e e

1350 No tiene hijos, ni mujer,
ni amigos, ni profetores,
pues todos son sus señores
sin que ninguno lo ampare;
tiene la suerte del güey
¿y dónde irá el güey que no are?

1355 Su casa es el pajonal,
su guarida es el desierto;
y si de hambre medio muerto
le echa el lazo a algún mamón,
lo persiguen como a plaito,
1360 porque es un "gauchito ladrón".

Y si de un golpe por ahí
lo dan güelta panza arriba,
no hay un alma compasiva
que le rese una oración:
1365 tal vez como cimarrón
en una cueva lo tiran.

1370 Vamos, suerte, vamos juntos
dende que juntos nacimos,
y ya que juntos vivimos
sin poderarnos dividir,
yo abriré con mi cuchillo
90 el camino pa seguir.

Sin punto ni rumbo fijo
en aquella inmensidá,
1435 entre tanta escuridá
anda el gauchito como duende;
allí jamás lo sorprende
dormido, la autoridad.

Su esperanza es el coraje,
1440 su guardia es la precaución,
y pasa uno en su desvelo,
sin más amparo que el cielo
ni otro amigo que el facón.

1445 Ansi me hallaba una noche
contemplando las estrellas,
que le parecen más bellas
cuanto uno es más desgraciao
y que Dios las haiga criao

Borges, Hombre de la esquina osada

—Vos siempre has de servir de estorbo, pendejo²⁹
—me rezongó al pasar, no sé si para desahogarse, o
ajeno. Agarró el lado más oscuro, el del Maldonado;
no lo volví a ver más.

Me quedé mirando esas cosas de toda la vida —cielo
hasta decir basta, el arroyo que se emperraba solo ahí
abajo, un caballo dormido, el callejón de tierra, los
hornos— y pensé que yo era apenas otro yuyo³⁰ de esas
orillas, criado entre las flores de sapo y las osamentas.
¿Qué iba a salir de esa basura sino nosotros, grito-
nes pero blandos para el castigo, boca y atropellada
no más? Sentí después que no, que el barrio cuanto
más aporriao, más obligación de ser guapo. ¿Basura?
La milonga déle loquiar, y déle bochinchar³¹ en las
casas, y traía olor a madre selvas el viento. Linda al
finido la noche. Había de estrellas como para marearse
mirándolas, unas encima de otras. Yo forcejaba por
sentir que a mí no me representaba nada el asunto,
pero la cobardía de Rosendo y el coraje insufrible del
forastero no me querían dejar. Hasta de una mujer
para esa noche se había podido aviar el hombre alto.
Para ésa y para muchas, pensé, y tal vez para todas,
por que la Lujanera era cosa seria. Sabe Dios qué lado
agarraron. Muy lejos no podían estar. A lo mejor ya
se estaban empleando los dos, en cualesquier cuneta.

Cuando alcacé a volver, seguía como si tal cosa el
bailongo. Haciéndome el chiquito³², me entreveré en el

²⁹ pendejo: popular, muchacho, púber. Despectivo.

³⁰ yuyo: yerba silvestre.

³¹ bochinchar: de bochínche, gresca, desorden, ruido.

³² haciéndome el chiquito: pasar desapercibido, popular.

Jorge Isaacs, Maviá, 1867

A los hermanos de Efraín

He aquí, caros amigos míos, la historia de la adolescencia de aquel a quien tanto amasteis y que ya no existe. Mucho tiempo os he hecho esperar estas páginas. Después de escritas me han parecido pálidas e indignas de ser ofrecidas como un testimonio de mi gratitud y de mi afecto. Vosotros no ignoráis las palabras que pronuncié aquella noche terrible, al poner en mis manos el libro de sus recuerdos: «Lo que ahí falta tú lo sabes; podrás leer hasta lo que mis lágrimas han borrado.» ¡Dulce y triste misión! Leedlas, pues, y si suspendéis la lectura para llorar, ese llanto me probará que la he cumplido fielmente.

dirección a mi cuarto.

Cerré las puertas. Allí estaban las flores recogidas por ella para mí: las ajé con mis besos; quise aspirar de una vez todos sus aromas, buscando en ellos los de los vestidos de Marrá; bañélas con mis lágrimas... ¡Ah! ¡Ilos que no habéis llorado de felicidad así, llorad de desesperación, si ha pasado vuestra adolescencia, porque así tampoco volveréis a amar ya!

¡Primer amor!... noble orgullo de sentimientos amados: sacrificio dulce de todo lo que antes nos era caro a favor de la mujer querida: felicidad que comprada para un día con las lágrimas de toda una existencia, recibiríamos como un don de Dios: perfume para todas las horas del porvenir; luz inextinguible del pasado: flor guardada en el alma y que no es dado marchitar a los desengaños: único tesoro que no puede arrebataros la envidia de los hombres: delirio delicioso... inspiración del cielo... ¡Marrá! ¡Marrá! ¡Cuánto te amé! ¡Cuánto te amara!...

Yo persigo una forma...

Rubén Darío, Prosas profanas, 1876

Yo persigo una forma que no encuentra mi estilo, botón de pensamiento que busca ser la rosa; se anuncia con un beso que en mis labios se posa al abrazo imposible de la Venus de Milo.

Adornan verdes palmas el blanco peristilo*, los astros me han predicho la visión de la Diosa; y en mi alma reposa la luz, como reposa el ave de la luna sobre un lago tranquilo.

Y no hallo sino la palabra que huye, la iniciación melódica que de la flauta fluye y la barca del sueño que en el espacio boga;

y bajo la ventanta de mi Bella-Durmiente, el sollozo continuo del chorro de la fuente y el cuello del gran cisne blanco que me interroga.

Martí, "Protectora Versos libres", 1882 (cuentos)

Martí, Versos libres

Mis versos *

SED DE BELLEZA

Estos son mis versos. Son como son. A nadie los pedí prestados. Mientras no pude encerrar intergras mis visiones en una forma adecuada a ellas, dejé volar mis visiones: oh, cuánto áureo amigo, que ya nunca ha vuelto! Pero la poesía tiene su honradez, y yo he querido siempre ser honrado.

Recortar versos, también sé, pero no quiero. Así como cada hombre trae su fisonomía, cada inspiración trae su lenguaje. Amo las sonoridades fáciles, el verso escultórico, vibrante como la porcelana, volador como un ave, ardiente y arrollador como una lengua de lava. El verso ha de ser como una espada reluciente, que deja a los espectadores la memoria de un guerrero que va camino del cielo, y al envainarla en el sol, se rompe en alas.

Tajos son éstos de mis propias entrañas —mis guerreros—. Ninguno me ha salido recalentado, artificioso, recompuesto, de la mente; sino como las lágrimas salen de los ojos y la sangre sale a borbotones de la herida.

No zurcí de éste y aquél, sino saqué en mí mismo. Van escritos, no en tinta de academia, sino en mi propia sangre. Lo que aquí doy a ver lo he visto ante mis ojos.

Darío, Cuentos de vida y esperanza, 1905

[Yo soy aquel que ayer...]

Yo soy aquel que ayer no más decía el verso azul y la canción profana, en cuya noche un ruiseñor había que era alondra de luz por la mañana.

El dueño fui de mi jardín de sueño, lleno de rosas y de cisnes vagos; el dueño de las tórtolas, el dueño de góndolas y lirás en los lagos;

y muy siglo diez y ocho y muy antiguo y muy moderno; audaz, cosmopolita; con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo, y una sed de ilusiones infinita.

Yo supe de dolor desde mi infancia; mi juventud..., ¿fue juventud la mía?, sus rosas aún me dejan su fragancia, una fragancia de melancolía...

Martí, Versos sencillos, 1991

I

Yo soy un hombre sincero
De donde crece la palma,
Y antes de morirme quiero
Echar mis versos del alma.

Yo vengo de todas partes,
Y hacia todas partes voy:
Arte soy entre las artes,
En los montes, monte soy.

Yo sé los nombres extraños
De las yerbas y las flores,
Y de mortales engaños,
Y de sublimes dolores.

Yo he visto en la noche oscura
Llover sobre mi cabeza
Los rayos de lumbre pura
De la divina belleza.

Alas nacer vi en los hombros
De las mujeres hermosas:
Y salir de los escorbros
Volando las mariposas.

He visto vivir a un hombre
Con el puñal al costado,
Sin decir jamás el nombre
De aquella que lo ha matado.